


XI.

De lo que Valenzuela y D. Antonio de Benavides meditaron y ejecutaron con el marqués de Río-florido y con su hija.

 A herida de D. Fernando apenas le obligó pocos días á guardar cama: regresó á entregarse al despacho de los negocios; el rey volvió á Madrid, y aunque todos interpretaron aquel acontecimiento como una señal de la próxima caída del valido, no se observó variación alguna en la corte.

Una noche D. Antonio de Benavides se acercó á Valenzuela, que hablaba con varias personas, y le dijo en secreto:

—Necesito hablarte esta misma noche.

—Bien —contestó D. Fernando—espérame en mi cámara Poco despues Valenzuela, pretestando cansancio, se retiró á su estancia; D. Antonio le esperaba ya.

—Aquí me tienes—dijo D. Fernando.

Benavides se levantó, cerró cuidadosamente la puerta y volvió al lado de Valenzuela.

—D. Fernando—le dijo—conspiran contra tí.

—¡Gran noticia! hace ya muchos días que la sé, y quizá tú fuiste el primero en dármele. . . .

—Es que la conspiración de que ahora te hablo es temible.

—¡Temible!

—Sí, por las personas que toman parte en ella.

—Supongo que serán los principales señores de la corte.

—Mas alto personaje.

—¿El príncipe D. Juan de Austria?

—Mas arriba aún. . . .

—¿Mas arriba? solo el rey. . . .

—Pues él mismo, S. M. conspira contra tí. . . .

—¿Pero yo qué le he hecho? cuidar sus dominios, enriquecer el tesoro, aumentar las rentas de la corona, abastecer al pueblo, hermosear la villa de Madrid.

—Todo eso será un hecho, pero S. M. te aborrece y conspira contra tí.

—¿Y la reina?

—Lo ignora todo, y contra ella es también la conspiración.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Y cómo lo sabes?

—Esta es toda una historia. Hace algún tiempo me encontré con una muchacha bella, inteligente, en fin, una moza de esas que se encuentran pocas veces y por mera fortuna; pero era pobre y ganaba su vida sirviendo en la casa del marqués de Río-florido, de camarera ó de doncella de D^a Inés: la declaré mi amor y para decirte de una vez, quedamos arreglados.

—¿Cómo se llama?

—Isabel; pero su nombre no hace al caso: para no alarmar á sus padres, que aún padres tiene, convenimos en que

no abandonaria la casa del marqués de Rio-florido, pero sí me proporcionó un medio de entrar á visitarla dos ó tres veces por semana: anoche me recibió con mayores precauciones que las de costumbre y me rogó que me retirase cuanto antes: como debes suponerte me estrañó aquella conducta y la reconvine amargamente acusándola de que me engañaba; la muchacha vale un Perú, lloró y sollozó, y viendo que yo no me calmaba me dijo: "Mira, voy á confiarte un secreto para probarte que soy inocente y que tú me ofendes con pensar mal de mí; ha habido en esta casa un gran cambio, mi señora D^a Inés es ahora la dama de S. M. el rey."

—¡Imposible! exclamó Valenzuela.

—Eso mismo dije yo á Isabel, pero ella me contestó: "No lo dudes, desde que mi señora estuvo en el Escorial parece que la conoció S. M. y que allí se arreglaron los negocios: esta noche debe venir S. M., y tengo precision de estar cerca de la cámara de mi señora."

—¿Pero será verdad?

—A pesar de que yo no tenia motivo de duda, porque Isabel jamás me ha engañado, finjí no creerla con el objeto de procurarme una prueba, y por fin conseguí que Isabel para convencerme me ocultara en un aposento inmediato desde donde podia observar lo que hablaban el rey y D^a Inés.

—¿Y te ocultó?

—Sí, me ocultó cuando aún faltaba una hora para que el rey llegase. Aquella hora, encerrado, solo en un aposento oscuro, sin conocer la salida y temiendo á cada instante ser sorprendido, me pareció un siglo; por fin, por el agujero de la cerradura ví que D^a Inés entraba á la cámara contigua

pocos momentos despues oí sonar otra puerta, y el rey mismo se presentó á mi vista.

—¿El rey? ¿estás seguro?

—Tan seguro, Valenzuela, como de que estoy hablando contigo; me preparé á escuchar uno de los mas ardientes coloquios de amor, y figúrate cuál seria mi sorpresa cuando oí que aquella conversacion tenia mas de negocio que de amor.

—¿De negocio?

—Sí, el rey instó con su amor y D^a Inés le contestó que aún no le cumplia una condicion que le habia puesto, y despues siguieron tratando de asuntos de Estado; pero todo era contra tí y contra la reina nuestra señora. El rey está en comunicacion con el príncipe D. Juan, por conducto y aún creo por consejo de D^a Inés de Medina.

—¿A tanto se atreve esa mujer?

—Sí, y el príncipe ofrece venir de un dia á otro para "dar el último golpe al insolente valido;" mira como te tratan, Valenzuela, y agregaba que era ya preciso que D. Cárlos gobernara la monarquía por sí mismo. Todo me hizo comprender que el peligro está próximo y que es preciso dar un golpe que desconcierte estas maquinaciones.

—En efecto, si solo se tratara de mí, despreciaria yo esas asechanzas, porque estoy dispuesto á sufrir la suerte que el cielo me depare, pero tratándose ya de la reina mi señora, creo que es necesario proceder de otra manera, y antes que todo destruir esa influencia que D^a Inés ejerce sobre el rey, y alejarla de su corte.

—Eso me parece muy fácil.

—¿De qué manera?

—Escúchame, que todo eso entra en la relacion de mi

aventura. Permanecí encerrado hasta que el rey y D^a Inés se retiraron: entonces Isabel llegó á donde yo estaba y me dijo:—¿Estás satisfecho?—Sí—la contesté—y en verdad que tu señora debe estar orgullosa con el amor de un rey.—Pues has de ver—me dijo Isabel—que tiene otro amante.—¿Otro?—la dije—Sí, otro, cuyo nombre no conozco, pero que la habla y la escribe y entra á la casa cuando el rey no viene.—Esta nueva aclaracion me pareció muy importante, porque en aquel momento conocí que habia yo encontrado una arma contra D^a Inés.—¿Y sabes á dónde guarda tu señora las cartas que la escribe ese su amante?—Sí—me contestó—hoy al medio dia recibió una y la guardó en un armario que yo conozco.—¿Y será fácil de sacarse?—Sí, yo la sacaré si quieres; mañana cuando mi señora salga á la misa procuraré abrir el armario y sacar la carta si deseas tenerla.—Lo deseo de todo corazon.—¿Y para qué?—me preguntó.—Ya lo verás, pero te ruego por nuestro amor que me la entregues.—Mañana á las doce de la noche ven y la tendrás.—De manera que esta noche tendremos esa carta

—A pesar de que la accion que haces cometer á esa pobre muchacha es verdaderamente infame, porque equivale á un robo, es necesario ver esa carta; ¿vas por ella?

—A las doce.

Benavides miró su muestra.

—Las once—dijo—dentro de una hora esa carta estará en mi poder.

—En tal caso te esperaré.

Benavides salió y Valenzuela quedó pensativo.

Pasaron tres horas, durante las cuales D. Fernando consultó con grandes muestras de impaciencia su reloj.

Por fin llamaron á la puerta y Benavides se presentó.

—Creí que no volvías esta noche—dijo Valenzuela.

—Contra todos mis deseos, he tardado.

—¿Y la carta?

Debo traerla en medio de estos papeles que me entregó Isabel; aún no he tenido tiempo de leerlos, pero debe estar aquí.

—Veamos.

D. Antonio se acercó á una mesa, y colocó sobre ella un paquetito de papeles.

D. Fernando acercó una bujía, y cada uno por su lado comenzó á tomar cartas de aquellas y á leerlas apresuradamente.

—Billetes de amor sin firma—dijo Valenzuela.

—Lo mismo que estos—contestó Benavides, y siguieron ceyendo otros.

—Lo mismo.... lo mismo....

—Ah!....

—¿Qué?

—He aquí unos, escritos con tu letra.

—Ellos deben ser, que en un tiempo serví á esa dama.

—Los apartaremos para quemarlos.

—¡Aquí está la de ayer! por la fecha.... no hay duda.

—¿Cómo dice?

“Amada señora Inés mia:

“Esto noche no podré tener la dicha de mirarte, porque es noche que le toca á Su Majestad ir, pero aguardaré con paciencia.

“A pesar de tus constantes protestas y juramentos, temo que al fin, el rey consiga tu amor y que llegues á quererle de veras.

“Negocios de la corte y asuntos de la monarquía, que se

tratan como tú los tratas con él, son peligrosos, y sobre todo, para mí.

“No olvides siempre mandarme el aviso oportuno de las noches en que no va Su Majestad á verte, para ir yo.

“Tuyo hasta la muerte,

I.”

—Esa carta vale un tesoro—dijo Benavides.

—Con esa carta se puede perder á esa mujer.

—Pero no está firmada, y una inicial no es prueba.

—Todo lo que importa es que el rey sepa que D^a Inés tiene un amante, y poco importa quién sea éste.

—¿Y cómo hacer para que esta carta llegue á manos del rey?

—Sencillamente: escribiendo un anónimo á S. M., dentro del cual se incluirá esta carta; y tú por medio de la servidumbre la harás llegar á sus manos.

—¿Y bastará?

—Sí, porque en ese anónimo le indicaremos que á tales horas vijile la casa de su amada y verá entrar á un hombre.

—¿Pero si no llega ese hombre?

—No importa, tú serás el que entres á ver á tu Isabel, y el rey que acecha celoso no podrá saber quién tú eres, ni á quién vas á ver.

—Comprendo, escribe.

D. Fernando tomó un papel y se puso á poner una carta.

XII.

De como el rey creyó que D. Antonio de Benavides era el amante de D^a Inés, y el duque de Alburquerque creyó que era Valenzuela, y Doña Inés creyó que el duque lo era de Isabel.

CON Antonio se manejó con tal habilidad que el rey recibió el anónimo que le enviaba D. Fernando de Valenzuela avisándole que en la noche siguiente á las doce podía satisfacerse por sus ojos de que D^a Inés tenía otro amante.

D. Carlos II no tuvo dificultad ninguna en dar asenso á semejante noticia, porque todos los hombres muy principiantes en amores ó muy diestros están dispuestos á encerrarse hasta de una sombra.

Como el rey no tenía mas persona de quien confiar en estos amores que del duque de Alburquerque, con él quiso desahogar aquella pena.

—Duque—le dijo en la mañana—quiero confiarte un secreto que me está martirizando.

—Puede hablar V. M., seguro de mi discrecion y afecto

—¿Recuerdas aquella dama... la del estanque de los peces en el Escorial?

—Sí, señor, D^a Inés de Medina.